

**NO MIRES
AL PASADO**

PATRICIA JIMÉNEZ

NO MIRES AL PASADO

27.º PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Emilio Boja Malavé (presidente), Pilar Alcalá García, Luis Alberto de Cuenca, Francisco Prior Balibrea, Reyes Pro Jiménez, Miguel Ángel Rodríguez Matellanes, Pita Sopena, José Vallecillo López y, actuando como secretario, Fernando Fabiani Romero. La novela *No mires al pasado*, de Patricia Jiménez, resultó ganadora del 27.º Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ambito Cultural y Algaida Editores.



Fundación
Unicaja

ÁMBITO
CULTURAL
El Corte Inglés

Primera edición: 2021

© Patricia Jiménez, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-744-6

Depósito legal: SE. 1.678-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para todas aquellas personas
que les atormenta su pasado familiar*

CAPÍTULO 1

Junio de 2016. Stepan.

ERAN LAS DOCE DEL MEDIODÍA CUANDO STEPAN LEÍA el periódico sentado al lado del ventanal de la salita de estar mientras escuchaba el ruido del agua descendiendo por los canalones del viejo edificio en el que residía. La oscuridad del día hizo que se levantase para encender la luz, las letras estaban empezando a convertirse ilegibles. HOY, SE CUMPLE UN AÑO DE LA MUERTE DE MIKEL. El titular de la primera plana le recordó el hallazgo del cuerpo a las orillas de la ría que atraviesa la ciudad. «Era tan joven... Le quedaba tanto por vivir...», pensó. Un escalofrío le recorrió la espalda al evocar el momento exacto en el que se encontró con el cuerpo sin vida de aquel chaval mientras paseaba a tempranas horas de la mañana. En aquel entonces adoraba madrugar para ir a caminar alrededor de las seis. Dos horas más tarde se agobiaba al ver a tanta gente ir corriendo en todas las di-

recciones. Odiaba tener que esquivarla o suplicar que le pidiesen disculpas por haberlo arrollado cuando se le cruzaban. Ahora no tenía ninguna prisa por despertarse; cobraba una pensión de viudedad y no tenía intenciones de ponerse a trabajar, a pesar de la insistencia de su hija Susan por tener la mente distraída los pocos años que le quedaban antes de jubilarse.

Las horas del día pasaban exageradamente lentas. En ocasiones creía que el reloj llegaba a detenerse. No tenía nada que hacer, pero al menos podía seguir con su rutina de leer el periódico y hacer los pasatiempos que incluía para mantener la mente activa y ocupada. Su vecino Raúl era un joven adorable que se prestó a llevarle la compra y la prensa siempre que lo necesitase. Como Stepan le había ordenado, lo dejaba sobre el felpudo de la casa y llamaba al timbre antes de desaparecer rápidamente. No quería que nadie lo viese y, aunque Raúl no llegase a comprenderlo, lo respetaba y cumplía con su palabra. Susan también se ofreció en más de una ocasión para llevar bienes a su padre, pero este se negaba rotundamente, cosa que en un primer momento agradeció, ya que apenas tenía tiempo con el cuidado de las dos criaturas. Antes al menos la ayudaba, pero ahora todo resultaba más complicado. A medida que pasaban los días, su hija tampoco lograba entender el motivo que la llevaba a actuar así, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Sabía que el gruñón de su padre se enfadaría si se presentaba por sorpresa en el rellano de la escalera. No quería discutir con él y tenía que aceptar su incoherente actitud.

El timbre sonó inesperadamente. Al otro lado de la puerta, un hombre vestido de etiqueta le entregó un sobre que Stepan cogió entre sus manos antes de cerrar la puerta sin decir ninguna palabra. Sus piernas comenzaron a tambalearse, sabía que había llegado el día. Se apoyó de espaldas a la pared del vestíbulo y, en mitad de la penumbra, abrió el sobre pausadamente. Introdujo el pulgar y el índice con suavidad y haciendo una pinza con ambos dedos sacó el único papel que había en su interior. Un movimiento más para desplegarlo y comenzó a leer la única frase que aparecía escrita en él forzando la vista para ver lo más nítido posible. Esa oscuridad le transmitía cierta seguridad en ese instante, por lo que se negó a encender la luz. Su rostro irradiaba cada vez mayor inquietud y difícilmente lograba mantenerse de pie. Antes de caerse al suelo, aceleró el paso para llegar al sillón en el que se encontraba previamente leyendo y se desplomó sobre él. Con el folio aún en las manos, releyó una por una cada palabra del mensaje y, en cuanto terminó, lanzó un largo suspiro. «Será el primer aviso de muchos», pensó.

CAPÍTULO 2

Mayo de 2016. Mikel.

MIKEL CELEBRABA SU DECIMOCTAVO CUMPLEAÑOS junto a la familia materna. Nunca había tenido la oportunidad de conocer a su padre, y mucho menos a cualquier pariente suyo. Aunque ignoraba si estaba vivo, si vivía en Bilbao, si fue una simple noche apasionada o si mantuvo un noviazgo con Irune, su madre, esta nunca quiso hablarle de él. Era un tema tabú en casa que nadie se atrevía a sacar.

—Antes de soplar las velas pide un deseo —le recordó su tía Nekane.

Mikel cerró fuertemente los ojos y pensó en lo que más deseaba en el mundo: poner rostro a su padre. Si bien había creído tener una infancia feliz criándose con su madre, sus abuelos maternos y su tía en un espacioso apartamento del casco viejo de Bilbao, siempre había tenido la esperanza de conocer algún día toda la verdad. Quería que le explicase la

razón por la cual nunca formó parte de su vida. La duda acerca del motivo por el que no quiso conocerlo se le pasaba una y otra vez por la cabeza, llegando a sentir rechazo. Cuando era pequeño y sus compañeros de la escuela hablaban de sus padres, Mikel siempre tenía que hablar sobre su abuelo. Aunque lo adorase, independientemente de ciertos episodios a lo largo de su vida que le habían transmitido que dicho sentimiento no era mutuo, le hubiera gustado poder decir que tenía un padre como el resto. Siempre que se celebraba el día del padre se sentía el bicho raro de la clase, especialmente cuando el gracioso de turno soltaba algún comentario a modo burlón con el único objetivo de dañarlo.

Antes de coger aire, se tocó la cara, llenó los pulmones todo lo que pudo y soltó un gran soplo.

—Como el deseo se cumpla en base a la fuerza del soplo, seguro que este año lo verás hacerse realidad —dijo su abuela María riéndose mientras Roberto, su marido, repartía los platos de postre.

—Ojalá —musitó Mikel.

—¿Quién quiere tarta? —preguntó Irune—. Esta vez he comprado la de chocolate para que no haya pegas. La última vez que traje *pantxineta* no hacía más que pitar-me el oído izquierdo —bromeó.

—Sabes que con el chocolate nunca se falla, hermanita. Sírreme una buena ración. Creo que empezaré mañana la dieta.

—Nunca es buen día para comenzarla —continuó la broma María aun siendo consciente de la espectacular apariencia de su hija.

En cuanto todos tenían su porción servida y tras cantar *Zorionak zuri* (tenían por costumbre cantar la canción de cumpleaños feliz en euskera) no tardaron ni dos segundos en comenzar a devorarla. La habían encargado en la pastelería más popular de la zona, exactamente en la misma en la que cogían todos los domingos algún bollo para desayunar.

—Vamos a sacarnos una foto para capturar este día tan especial —propuso Nekane mientras sacaba del mueble auxiliar del salón comedor una cámara instantánea.

—Siempre estás con las fotos. Eres un poco pelma —soltó Mikel entre risas.

—Si solo es un poco, me quedo tranquila. ¡Venga, vamos! Que luego seguro que eres el primero en querer enseñar esta fotografía a todos tus amigos. ¿Pero quién hará la foto? —preguntó Nekane.

—Ya os la saco yo. —Roberto agarró entre sus manos la cámara y comenzó a ordenar la posición que cada uno debía ocupar—. Más a la derecha, María. Si te colocas en esa esquina no vas a salir entera. ¡Nekane, deja de hacer el bobo! ¡Qué poca seriedad!

—Venga, papá. No seas un aguafiestas.

—¿Ahora empezáis a hablar? ¡Mantened la boca cerrada! Así no se puede sacar ninguna foto —refunfuñaba Roberto.

Finalmente, y tras cuatro intentos en los que alguno siempre salía mal en la foto, lograron una en la que los cuatro posaban con caras sonrientes mirando hacia la cámara.

—Última vez que me ofrezco voluntario como fotógrafo —avisó Roberto suspirando.

—Aunque no lo quieras reconocer, sabemos que en realidad disfrutas de estos momentos de locura —manifestó Nekane.

Le encantaba bromear y era una mujer muy risueña. Era la menor de las hermanas, con una diferencia de cuatro años. A sus treinta, y teniendo en cuenta su aspecto juvenil, parecía más la amiga de Mikel que su tía. A pesar de que la relación entre ambos era muy buena, siempre estaban chinchándose. Además, el hecho de que Mikel no se pareciese a ninguno de la familia (todos ellos tenían el pelo rubio y los ojos del color del mar, totalmente opuesto a los rasgos de Mikel) fomentaba que las bromas fuesen diarias, recalcando especialmente la posibilidad de que Mikel fuera adoptado. De pequeño siempre se enfurruñaba, pero con los años había aprendido a seguirle la broma. En su tiempo libre le apasionaba realizar cualquier actividad que tuviera estrecha relación con la moda. Estaba cursando un ciclo formativo de patronaje y moda tras haber estado trabajando siete años en una tienda de ropa de Indautxu. Cuidaba mucho su aspecto físico y siempre necesitaba alrededor de dos horas para prepararse. Tras una buena ducha en la que dejaba caer el agua durante más de veinte minutos, momento en el que Roberto comenzaba a decirle que si no apagaba el grifo sería ella la que pagaría la próxima factura del agua, se hidrataba el cuerpo; se secaba su larga melena rubia; se hacía tirabuzones con las tenacillas o una coleta, únicamente le gustaba llevar el pelo de esas dos formas; y se maquillaba. Primero se echaba una base de crema hidratante sobre el rostro; posteriormente espolvoreaba los polvos de maquillaje; pintaba los largos ojos azules y se ponía

carmín en los labios. No sabía si lo hacía en el orden correcto, pero desde que comenzó a acicalarse lo había hecho así, por lo que su mente cuadrículada no barajaba la posibilidad de cambiar de hábitos.

—A partir de ahora cuidado con lo que haces; puedes acabar entre rejas —avisó Roberto a su nieto guiñándole un ojo cuando se hubieron sentado todos de nuevo alrededor de la mesa.

—No te preocupes. A mí me dijo lo mismo y por el momento solo me ha caído alguna que otra multa —informó Nekane.

—Mejor no sigas los pasos de tu tía... —susurró Roberto a Mikel.

—¡Te he escuchado! ¡Ni que fuera un mal ejemplo a seguir! —Estaba claro que aquel día las bromas no cesarían—. ¿Vas a celebrar tu cumpleaños con los amigos? —quiso saber Nekane.

—Sí, pero cuando sean las vacaciones de verano. En breve empezaremos los exámenes finales y tengo que aprobar como sea. La selectividad está a la vuelta de la esquina y si no me da la nota media no podré hacer medicina. No puedo defraudar a Danel.

Danel era el tutor de Mikel. Lo adoraba desde que comenzó a darle clases en primero de bachillerato. Su juventud, inteligencia y carácter alentador hacía que se sintiese a gusto acudiendo a sus lecciones. Aún recordaba el primer día que entró por la puerta del aula y les hizo tirar todos los libros al suelo. «La falta de comunicación es el principal obstáculo para la enseñanza. Hablemos y escuchémonos», exteriorizó.

—¡Qué responsable eres! —le dijo tiernamente su madre.

—Sabemos que lo conseguirás. —Su abuela tenía plena confianza en él—. Desde un primer momento teníamos claro que queríamos llevarte a ese instituto de renombre. —Había invertido gran parte de sus ahorros en la enseñanza de su nieto—. ¿Y ya has pensado en el plan que harás para celebrarlo? Dieciocho años no se cumplen todos los días.

—Seguramente vayamos a casa de Paula y celebremos el de los dos juntos. Este año tenemos que adaptarnos a las circunstancias y como el suyo es dentro de un mes...

—¿A casa de Paula? ¡A saber qué haréis ahí! —masculló María cambiando repentinamente el tono.

—Mamá, pues lo que todos los jóvenes: beberán y se divertirán. Déjale que disfrute de la juventud —respondió Irune.

—Me da mucho miedo que beban. Todos los fines de semana nos enteramos por el vecindario de algún caso de coma etílico. Estos jóvenes beben sin saber dónde está el límite —continuaba gruñendo.

—No hagas caso a la abuela. Eso sí, tened cuidado —avisó Irune mientras daba un beso en la mejilla a su hijo.

A sus treinta y cuatro años, nadie mejor que ella conocía los actos de rebeldía en aquellas edades. Tenía reciente la adolescencia y ella también acostumbró a hacer lo contrario de lo que sus padres le decían: no quería estudiar; comenzó a beber y fumar a los trece años, cuando

conseguía entrar en las discotecas con sus amigas, enganchadas del brazo de algún chaval mayor de edad que merodeaba por allí; y para colmo, a los dieciséis se quedó embarazada. En un principio achacaba la falta de menstruación a que le vendría irregular, hacía tan solo dos años que le había bajado el periodo por primera vez y todavía algún ciclo no le bajaba a tiempo, pero cuando empezó a ver que cogía varios kilos y que no cesaban intuyó lo peor para ella en aquel entonces. Fue en ese mismo instante cuando comenzó la segunda etapa de su vida; una de la que su hijo no tenía conocimiento y que parte de su familia aún ignoraba.

CAPÍTULO 3

Agosto de 1997. Iruñe.

AQUELLA CALUROSA NOCHE DE VERANO, IRUÑE FUE con las amigas a la verbena. Cada año esperaban con ansia aquellos días en los que apenas estaban en casa. No pararon de bailar, reír y cantar durante toda la noche con la botella llena de calimocho en la mano. Esa bebida típica del País Vasco era la perdición de Iruñe, a pesar de que la primera vez que le ofrecieron un vaso con esa mezcla de refresco de cola y vino tinto mostrase cierta repugnancia. Un trago fue más que suficiente para saber que a partir de entonces adoraría a su inventor. Ahora le resultaba difícil controlar los litros que era capaz de beber cada vez que salía de fiesta.

Cuando el público aclamaba una última canción, mientras los cantantes salían del escenario para volver a aparecer, se les acercó un hombre muy atractivo, vestido con una camisa juvenil y unos pantalones vaqueros. Apa-

rentemente estaba solo, rodeado de diversos grupos de amigos ajenos a él. Irune le había calculado un par de años por encima de los treinta, pero, para su sorpresa, después de entablar conversación con él se enteró de que sobrepasaba los cuarenta. «Cualquiera lo diría. Está mejor que mi padre y tiene unos cuantos años más», pensó.

No recordaba lo que había pasado la noche anterior, sentía como si se hubieran borrado de su memoria todas y cada una de las imágenes de aquellas horas hasta que amaneció sobre la cama de una vieja posada cerca de la estación de tren de Abando. Estaba sola en mitad de aquella habitación, el cuerpo totalmente desnudo y la ropa esparcida por el suelo. No vio ninguna señal que indicase una mínima pista de la persona con la que había llegado hasta aquel lugar. El teléfono móvil sonó.

—Ane... —mencionó el nombre de su amiga con las pocas fuerzas que le quedaban.

—¡Bueno, bueno! Irune la rompecorazones. ¿Vas a contarme ya lo que sucedió anoche? Te he mandado más de diez mensajes y no te has dignado a responder ninguno.

—¿Anoche?

—¡Me dirás ahora que no recuerdas nada! ¿Qué paso con ese zalamero? ¿Os acostasteis?

Irune seguía sin acordarse de nada de lo que pasó tras la verbena, pero las palabras de su amiga la alertaron. «¡Maldita sea!», susurró temiéndose haber tenido sexo con aquel hombre de quien solo recordaba sus fracciones.

—No...

—¡No me jodas, Irune! Si crees que me vas a tomar el pelo lo llevas claro. No hicisteis más que comeros la boca todo el rato cuando acabó la orquesta.

—No sé qué pasó —aclaró.

—No me extraña... Llevabas una moña de campeonato. ¿Dónde estás ahora?

—No lo sé. Nunca había estado aquí.

—Irune, me estás empezando a preocupar. Dime dónde estás y me acerco. Mis padres se han ido ya a trabajar. Ya sabes, ventajas de que tu familia tenga un bar y haya que servir desayunos los domingos por la mañana.

Gracias a eso, Ane y sus amigas habían logrado ocultar a sus padres más de una buena borrachera. Siempre que alguna no estaba en condiciones como para ir a casa se quedaban a dormir en la de ella.

—Hay una tarjeta encima de la mesilla. Posada Los Ángeles. ¿Te suena?

—Mmm... Si no estoy equivocada creo que está al lado de la estación de tren. Espérame ahí. Llego en un cuarto de hora.

Ane no se retrasó ni un minuto más de lo que le había dicho. En cuanto entró subió corriendo las escaleras de madera sin detenerse siquiera a hablar con el recepcionista, pero este tampoco intentó detenerla. Por su semblante daba la sensación de que estaba acostumbrado a que todos los fines de semana rondaran por la posada adolescentes sin identificarse. Caminar entre las oscuras paredes del estrecho laberíntico pasillo junto con la baja altura del techo daba la sensación de meterse en una cueva.

«¿Dónde demonios has ido a parar?», se preguntaba pensando en su amiga. Aunque la hostería no fuese grande, le costó encontrar a Irune. Fue aporreando todas y cada una de las puertas, recibiendo en su mayoría contestaciones maleducadas, hasta que escuchó la familiar voz de su amiga al golpear con los nudillos la que tenía una placa con el número doce medio borrado. Aguardó unos segundos hasta que se abrió. Al otro lado de la puerta, con las lágrimas resbalándole sin descanso por la cara, estaba Irune. Ane la rodeó con sus brazos y pasaron al interior de la estancia. Sentadas sobre la colcha cubierta de manchas de origen desconocido, Irune le confesó estar aterrada por lo que pudiera haber sucedido. Aparentemente no tenía señales de forcejeo; tampoco dolores en sus partes íntimas que pudieran indicar que había sido violada.

—No te preocupes, seguro que únicamente habéis tenido sexo.

—Ya, pero...

—Pero... tiene más de cuarenta años. ¿Vas a decirme eso?

—Sí...

A Irune era lo único que le rondaba por la cabeza. No sabía cómo había sido capaz de acostarse con un hombre mayor que su padre.

—Dime una cosa, ¿disfrutaste?

—No lo sé... Ya te he dicho que no recuerdo nada de lo que sucedió cuando me marché con él.

Ane volvió a achucharla.

—Estate tranquila. Nadie se enterará nunca de esto.

—¿No se lo dirás a Olga? —A Irune le inquietaba que su otra amiga se enterase de lo que había sucedido. Era la persona más bocazas que había conocido en la vida. Todos los secretos de los que se enteraba dejaban de serlo en cuanto llegaban a sus oídos. A pesar de eso, las tres se habían criado juntas y se tenían un gran aprecio.

—Te prometo que no. Cuando nos pregunte diremos que te acompañó a casa al verte ebria, te dejó en el portal y se marchó por el mismo camino por el que había venido.

Irune le sonrió. Una mirada fue más que suficiente para entenderse mutuamente.

—¿Nos vamos? La churrería ya está abierta y seguro que tienes apetito —propuso Ane.

Irune asintió lanzándole otra sonrisa.

—Espera un momento. —Ane se paró bruscamente al reparar en algo que había en el suelo—. ¿Qué es esto? —Se agachó y asió con la yema de sus dedos un papel sobre el cual había algo escrito.

—No lo había visto antes —aseguró Irune—. ¿Crees que lo habrá escrito él?

—¿Quién si no? ¿Para qué te habrá dado su número de teléfono? Y... ¡Vaya frase! ¡Qué mono es! Seguro que se ha enamorado de ti.

—¡No digas bobadas! Me saca más de treinta años. No sé cómo pude ser tan palurda anoche.

—Nena, si lo hiciste fue porque querías. Estás bien y eso es lo importante. Guárdate el número de teléfono que nunca se sabe.

Irune agarró el papel que le tendía su amiga y se lo metió en el bolsillo del pantalón vaquero. No quería volver a ver a aquel hombre, pero hizo caso a la recomendación de Ane.

—Ahora vámonos antes de que se haga más tarde. Mis padres estarán preocupados. Desayunamos y me marcho, ¿de acuerdo?

—Está bien —aceptó Ane.